

Juev.

plaza pública para la edición del 8 de octubre de 1992
% Ramón G. Bonfil
% El vicio y la virtud
miguel ángel granados chapa

Exponer a un hombre muy mayor a las emociones de recibir un gran homenaje público más parece un acto de crueldad que de reconocimiento a sus méritos. Se le coloca en la situación de evidenciar sentimientos que el decoro reserva a la esfera de lo íntimo, de lo más estrechamente personal. Por eso, en el caso del profesor don Ramón G. Bonfil, vale más conservar la imagen de sus jornadas de lucha que la de sus horas presentes. Aquellas justifican de sobra el que recibiera ayer la medalla Belisario Domínguez (a una hora desusada en el Senado, porque el Presidente Salinas debía viajar inmediatamente después a San Antonio).

Los discursos leídos por los legisladores que participaron en el acto comprueban la veracidad de la sentencia según la cual la hipocresía es el homenaje que el vicio rinde a la virtud. Es que los valores profesados y ejercidos por el profesor Bonfil, las causas por las que luchó, las instituciones en cuya creación se afanó, están en jaque, desdeñadas por la corriente política que hoy domina en la nación, o deformadas para que sirvan a sus propósitos, que serán circunstanciales aunque esa corriente los pretenda perennes.

La educación popular, el agrupamiento de los campesinos y de los maestros y la construcción de una alianza entre sus organizaciones, el servicio público de enseñanza, constituyeron los trabajos en que se empeñó Bonfil. Todo eso pertenece a un mundo juzgado arcaico por la falsa modernidad, que en realidad quiere llevarnos más atrás. Bonfil hizo también política electoral, en su natal estado de Hidalgo, pero no tuvo fortuna, incapaz de acomodarse a la obediencia, diversa de la disciplina.

Con humildad, pero también con tino, el profesor Bonfil estimó que al honrarsele, se honraba al magisterio. Maestro de banquillo, participó en la fundación de las agrupaciones sindicales del magisterio y en la estructura de la Secretaría de Educación Pública llegó a ser subsecretario, amén de presidente de la Academia Mexicana de Educación. Hoy se quiere a los maestros como aliados silenciosos, correa transmisora carente de voluntad. Si el homenaje al viejo profesor fuera moneda falsa con que se quisiera pagar la pretendida sujeción, los maestros lo rechazarán. En cambio, lo harán suyo si al reconocer la razón histórica que asistió a Bonfil, se admite el valor de la suya en este momento.

Bonfil transmitió a sus hijos su visión nacional y sus arrestos para defenderla. Cabe consagrar a dos de ellos una evocación que complete el homenaje a su padre. Muertos ambos

en forma trágica, Alfredo y Guillermo Bonfil militaron en el *México profundo* identificado como tal por el segundo de ellos, entre nosotros hasta hace sólo unos meses. Alfredo Bonfil era dirigente campesino, como lo fue (y, con sentido algo melancólico, sigue siéndolo hoy) don Ramón G., cuando falleció en un accidente de aviación. Al recordarlo, asalta la tentación de creer que la historia es circular, o cíclica por lo menos: Alfredo Bonfil vivió sus últimas horas en Veracruz, procurando resolver un litigio entre facciones de cañeros que, veinte años después, han protagonizado otro enfrentamiento como aquellos que el dirigente cenecista quiso apaciguar. A su turno, Guillermo, nacido antes, muerto después que Alfredo, transitó con donaire de la infantería antropológica a los altos cargos administrativos y volvió, sin perder su prestancia, a la práctica antropológica en que hizo escuela. Ambos suscitaron adhesiones en torno suyo, que se manifiestan en la viva presencia que se percibe apenas se aproxima uno a los ámbitos en que fueron útiles.

Sin incurrir en impertinentes premoniciones, puede decirse que una persona que perteneció al magisterio por siete décadas está al cabo de su vida. Bien está que se corone ese largo servicio con esta presea, otorgada por primera vez hace casi cuarenta años también a una maestra, doña Rosaura Zapata. Mejor será que, además del mayor salario reclamado en su discurso por Bonfil, se respete en los maestros su condición de seres pensantes, parte activa de un proceso.